

LIBROSMemorias de andar por casa, el mundo de **Monteserín****ARTE**Las dos naturalezas de **Esther Cuesta****ENSAYO****Contra la democracia**, una reflexión sobre el sistema

Muchos de quienes recuerdan lo que es un rocanrol saben que **Buddy Holly** se mató en un accidente de avión a finales de los 50. Tenía 22 años. Algunos menos saben también que en el mismo accidente perdió la vida **Ritchie Valens**, el chico de 17 años que había popularizado **La bamba**. Pero son muy pocos quienes han oído narrar que en aquella avioneta estrellada en un campo de maíz de Iowa viajaba además **El Big Bopper**, un texano grandullón de 28 años cuyo único gran éxito hasta ese momento había sido un temilla pegadizo de estirpe rockabilera llamado “**Chantilly Lace**”. El accidente sobrevino el 3 de febrero de 1959, una fecha que **Don McLean** bautizó en su celeberrimo “**American Pie**” como “el día que murió la música”.

Tal vez uno de los temas de **Buddy Holly** que mejor vida ha tenido es “**Not fade away**”. No sólo fue número 10 en EE UU y número tres en el Reino Unido sino que, además, ha sido versionado por gente como los **Rolling Stones**, **Dylan**, **Springsteen**, **Grateful Dead**, **Deep Purple**, **Patti Smith** o **The Supremes**. Por sólo citar algunos. De modo que no es extraño que el californiano **Jim Dodge** decidiera titular “**Not fade away**” su segunda novela, una anfetamínica historia de carretera a bordo de un Cadillac que estaba destinado al **Big Bopper** pero que, por culpa del accidente de Iowa, se quedó sin destinatario. “**Not fade away**”, la novela, ha planteado, como todas las de **Dodge**, problemas de traducción a la hora de titularla en castellano. Tal vez lo mejor habría sido dejar el título tal cual, pero sus primeros editores (**El Aleph**, 2007) optaron por llamarla **El cadillac de Big Bopper** y, ahora, cuando **Alpha Decay** ha decidido darle una segunda vida se ha in-

Espídico peregrinaje en Cadillac

El californiano **Jim Dodge** construye en **No se desvanece** un enloquecido viaje de rocanrol y anfetaminas donde la imaginación se convierte en instrumento de combate

EUGENIO FUENTES

clinado por un bello y fiel **No se desvanece** que, sin embargo, esfuma el vínculo con **Holly**.

Es lo de menos. **No se desvanece** es, se titule como se titule, una gran novela de carretera, marcada como todas las de **Dodge** por la imaginación sin freno, la pasión sin barreras, toneladas de rebeldía y esa sabiduría que sólo atesoran quienes, tras haber atravesado muchas veces el espejo, han conseguido al fin vivir con una pierna en cada lado y el universo reflejado en el fondo de sus pupilas. Vamos con un poco de sinopsis.

George Gastin, el gruista fantasma, tuvo una vida anterior, a caballo entre los 50 y los 60. Por esos años, además de tragar anfetaminas como un poseso, se ganaba el sueldo remolcando vehículos averiados y le añadía un bonito complemento destrozando coches por encargo para que sus propietarios cobrasen el siniestro total. Un día, hacia 1965, cuando sus neuronas anfetamínicas tenían ya más agujeros que una manta okupada por ratones, recibió el encargo de destrozarse un Cadillac del 59. Completamente nuevo. La máquina era el regalo que una admiradora quería hacerle al **Big Bopper**, pero cuando el texano se dejó los sesos en Iowa, la buena señora encerró el coche en un garaje. Fallecida la benefactora, su heredero pensó en hacer negocio con el seguro y ahí fue donde entró en juego **George**. Que tenía sus propias ideas y alucinó con que lo mejor sería viajar a Texas para incendiar el coche ante la tumba del **Big Bopper**. Fin del spoiler.

2.3 Cultura

SUPLEMENTO DE LA NUEVA ESPAÑA

JUEVES, 2 DE MARZO DE 2017

La construcción del individuo rebelde

<< Viene de la [página anterior](#)

No se desvanece (1987) es la segunda de las tres novelas que ha publicado Jim Dodge (Santa Rosa, California, 1945), un auténtico escritor de culto, desconocido por las masas pero capaz de que cada nuevo lector que hace regale ejemplares de sus obras a todos sus íntimos. La primera fue “Fup” (1983), una novelita corta en páginas y larga en aliento que en castellano se ha titulado **Jop** (Capitán Swing, 2011). En sus páginas, una pata alcohólica toma las riendas de una granja en la que viven un jugador de póker que, a los 99 años, se tiene por inmortal y su nieto, un gigantón llamado Peque. Por simplificar, **Jop** habla de la comunidad, de los vínculos de sangre y afecto, de la conciencia de ser diferente sin preocuparse por ello. Por cierto, la edición en castellano cuenta con un maravilloso epílogo: una entrevista de más de 40 páginas en la que **Kiko Amat** desnuda a Dodge como casi nadie lo ha hecho.

Tal vez sea el momento de explicar que Dodge, hijo de un instructor de vuelo del Ejército, dio tumbos por quince colegios de varios países hasta que, ya en los 60, volvió a California, estudió biología marina y se forjó en las luchas civiles y pacifistas de la década. Hacia 1971, con un máster de escritura creativa de la Universidad de Iowa en el bolsillo, decidió que ya había tenido suficiente de casi todo y se marchó a vivir a los bosques del norte del estado. Con su chica, pero sin agua ni luz. Allí estuvo quince años en los que profundizó en un ecologismo biorregionalista –que enlaza con el **Thoreau** de la **Desobediencia civil**– del que sigue siendo un activo militante. Reflexionó mucho, vibró con el universo bajo las estrellas, escribió toneladas de poesía, trabajó de casi todo, incluso de tahúr, y ejerció como profesor de escritura. Y ya en los 80 emprendió **Stone Junction**, bendecida por **Pynchon**, que al final sería su tercera novela publicada y la que ha cimentado su fama.

Si **Jop** / “**Fup**” es la comunidad, que sólo adquiere la condición de tal cuando se la dota de un cementerio donde enterrar a sus miembros, y **No se desvanece** es, como veremos enseguida, la construcción del individuo rebelde, **Stone Junction** (1990, publicada en España por Alpha Decay en 2007 como **Introitus Lapidus** y republicada en 2011 con su título original) es la rebelión organizada, la plasmación de la acción directa. Una auténtica fiesta de la imaginación en la que un joven es educado por una asociación secreta de magos y forajidos que le instruye en el juego, las drogas, el escamoteo, la invisibilidad y otras tantas habilidades para destinarlo a una misión superior. No diré más, porque hemos de volver a “**Not fade away**” y su construcción de la revuelta individual.

Estamos en el San Francisco todavía beat de 1956-59, entre toneladas de jazz, amor, poesía, drogas y el romanticismo de batirse por causas perdidas, de empujar la pasión primordial a través de actos inútiles. No hay que romperse la cabeza, basta con no haberla

vendido, para percibir las acciones gratuitas de George Gastin como cantos de honor y dignidad de un espíritu humano, demasiado joven para estar cansado, que se resiste a ser derrotado por la puta realidad. La realidad gris y pegajosa de los pobres de espíritu que le sacan brillo a sus parcelitas de poder. La realidad gris de los sicarios que empuñan la rienda y el látigo de la aburrida carcoma capitalista. La gran revolución del siglo XX, la de las conciencias que buscan gozo y sabiduría, ya había comenzado, aunque aún faltasen unos años para que saltase a los titulares de los medios burgueses.

Construirse a la contra tiene, sin embargo, un precio. De dolor, de deterioro sináptico, de pérdidas, de desamores, de desmedramiento físico, de culpa. De culpa. El viaje, la peregrinación para llevar el regalo nunca entregado, el cadillac del **Big Bopper**, a la tumba del rockero muerto, es un modo de redención. Estamos en 1965, con el LSD alumbrando la segunda parte de la revuelta, pero el protagonista de **No se desvanece** deja atrás San Francisco con mil anfetaz, doscientos discos de rocanrol y una nevera llena de cerveza helada. Su batalla debe ser librada en solitario porque los fantasmas de la culpa anidan en los recodos de una memoria intransferible. Y, como el amor de la canción de **Buddy Holly**, no se desvanecen por sí solos. Exigen expiación.



No se desvanece
JIM DODGE
Traducción de Ana Herrera
Alpha Decay
416 páginas. 25,90 euros

Si Dodge no fuera un maestro, todo esto habría corrido el riesgo de convertirse en sarta de lamentaciones grandilocuentes. Pero Dodge, que arranca de la realidad más carnal para desembocar en mundos fantásticos, tiene la frase rica del poeta y la brida bien amarrada del jinete veterano. Y sobre todo, tiene una imaginación portentosa, que siempre ha considerado el más acerado de los elementos de lucha. Seducido por la idea de **Kenneth Rexroth** de que la imaginación es el instrumento de comunión por excelencia –con su raíz en la comunidad y en la compasión–, y convencido de que permite conectar con lo que nos es común a todos, Dodge se goza en cultivar la imaginación sin cicatería. Sobre todo porque está persuadido de que, como ya advirtieron los beat, hace décadas que los señores del dinero le han declarado la guerra.

L LIBROS

Tensando la cuerda de la libertad

Nawal el Saadawi relata la lucha de las mujeres egipcias por sus derechos humanos

M.S. SUÁREZ LAFUENTE

La literatura egipcia como tal es casi desconocida en nuestro país, excepción hecha del Premio Nobel de 1988 **Naguib Mahfuz**, pero la literatura escrita por mujeres en Egipto es una página en blanco más de nuestra cultura contemporánea. Si bien, ya en 1923, **Huda Shaarawi** (1879-1947) organizó el grupo Egyptian Feminist Union, que luchó por que se reformaran las leyes matrimoniales y de divorcio, por que se aboliera el velo y se mejorara la sanidad. Huda Shaarawi publicó sus memorias, **Los años del harén: memorias de una feminista egipcia**, y gracias a sus esfuerzos y a los de otras pioneras, en 1945 asistieron varias delegadas egipcias a París al Primer Congreso Mundial de las Mujeres.

Sin embargo, debido a los avatares de la política del país, demasiado prolijos para explicarlos aquí, las fuerzas del poder devolvieron a la mujer egipcia al punto cero de donde había partido. La Constitución de 1971 supuso un notable retroceso sobre la de 1956 para los derechos civiles de las mujeres, pues si bien proclama que todos los ciudadanos son iguales ante la ley, admite oficialmente diferencias notables en el grado de ciudadanía de las mujeres.

Nawal el Saadawi, nacida en 1931 en el seno de una familia ilustrada de clase media, se licencia en Medicina en 1955 y se convierte en adalid de los derechos de las mujeres de su país y, en particular, en el derecho de éstas a vivir su sexualidad. Muy pronto, la autora sufrió la clausura de la revista “Salud”, desde donde dirigía una campaña a favor de la salud integral, lo que incluye, por definición, la erradicación de la pobreza y de la ignorancia; “osadía” que le valió tres meses de cárcel en 1981. A pesar de ello, el Saadawi, en 1982, organiza la Asociación de Solidaridad de las Mujeres Árabes, que obtuvo el estatuto de “organización consultiva” en el Consejo Económico y Social de la ONU, y que fue disuelta por las autoridades en 1991 porque, según denuncia el Saadawi, “el gobierno quiere que las mujeres nos asociemos sólo en proyectos caritativos”.

Esta autora cuenta con una amplia obra, compuesta de estudios sobre salud social y de novelas, siempre con la situación de las mujeres egipcias en el centro de su temática. Su primera novela, **Mujer en punto cero**, publicada en 1975, denuncia la capacidad de decisión de los hombres sobre la vida y el futuro de las mujeres, de manera tal que éstas son reducidas a ser, únicamente, un objeto sexual, cuidadoras y sirvientas. En estas circunstancias tan estrechas, las mujeres pierden sus rasgos personales, su derecho a la subjetividad, y pueden ser fácilmente sustituidas por otras mujeres. Dice Fardous, personaje principal de **Mujer en punto cero**: “Sustituí a mi madre y empecé a hacer lo que antes hacía ella. Mi madre desapareció y su lugar fue ocupado por otra mujer [...] exactamente igual a ella”.



Mujer en punto cero
NAWAL EL SAADAWI
Capitán Swing Libros, Madrid, 2017.
126 páginas; 9 euros

El único vestigio personal se conserva en los ojos; Fardous explora a la gente de su entorno y los cataloga según lo que lee en sus ojos: unos la acarician y la animan, otros la asustan. La pesadilla de Fardous ha sido no tener apenas modelos cálidos y humanos que seguir, sólo “ojos vigilantes” que controlaron siempre su vida.

Su camino hacia la cárcel y el cadalso constituye una peregrinación sin rumbo, perseguida por las miradas frías y cortantes de diversos personajes, embrutecidos, que no se paran a pensar, sino que sólo disfrutan, cual animales, de las prerrogativas que les concede el sistema. Nawal el Saadawi, que comienza la novela aclarando que “Este es el relato auténtico de la vida de una mujer. La conocí hace unos años en la cárcel de Qanattir”, se duele no sólo de que los hombres inflijan dolor a las mujeres, sino de que malgasten el potencial de convivencia, ternura y compañerismo que una vida en igualdad les podría reportar a ellos también.

El relato novelado de la vida de Fardous, contada por ella misma, no podía terminar bien, dadas las circunstancias. En las novelas desimonónicas, las mujeres, llegadas a este punto de tensión, se suicidaban o se abandonaban a la locura; en el siglo XX, sus estrategias de resistencia las llevan a la cárcel. Hay una larga lista de obras que lo atestiguan, entre otras las de **Zaynab al Ghazali**, **Farida al Naqqash**, **Safinaz Kazim**, **Latifa al Zayyat** y la de la propia Nawal el Saadawi, Desde la prisión, de 1982.

Mujer en punto cero fue publicada por la editorial Horas y HORAS en 1994, en traducción de **Mireia Bofill Abelló**, con un prefacio de la autora de 1983. Capitán Swing Libros recoge esa misma edición y le añade una introducción de el Saadawi, escrita en El Cairo en 2016. En ella, la autora aún define esta historia como “una historia simple de una mujer simple que soñaba con la justicia, la dignidad, el amor y la libertad”.



Mundo Monteserín

Memorias de andar por casa cuenta la vida de su autor a través de los objetos anclados en sus recuerdos más profundos

FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

Ojo al título: esconde una anfilogía, un doble sentido. **Memorias de andar por casa** podría designar unas memorias escritas con cierto descuido, para quitárselas de encima, acaso como borrador para otras futuras de mayor tonelaje. No es el caso. Son estas unas memorias que surgen de andar por la casa propia, es decir, por la casa de la infancia. 101 breves relatos, ilustrados en página par por fotografías de aquellos objetos que hacen recordar a **Pepe Monteserín** (Pravía, 1952). Recordar lo que fue su infancia, su adolescencia en la villa de la que es hoy Cronista oficial. El carbón, los tuestos, una grapadora, la televisión o la nevera, el Colt 45 o **Alfredo Di Stéfano** (que no es una “cosa”, pero que aparece cosificado: lean la entrada correspondiente y me entenderán), la jeringuilla, un fumador (el mueble) o las modestas lentejas (que al autor le hacen relamerse) son otras tantas oportunidades para tres cosas: (1) para que Monteserín dé rienda suelta a su escribir juguetón y surrealista en el que tan a gusto se siente; (2) para comprobar una vez más, como ya lo sabe quien siga sus columnas diarias en este periódico, que todo lo imaginable seguro que ya lo conoce, viajó o visitó **Pepe Monteserín**; (y 3) para adentrarnos en lo que se puede llamar “el mundo Montese-



Memorias de andar porcasa

PEPE MONTESERÍN
Ayuntamiento de Pravía, 2017;
245 páginas; 12,48 euros

Me gustaría aconsejarlo como “libro de horas”, algo para tener a mano y leer un par de entradas cuando se

rin”. En efecto, nos recuerda la cita inicial de **J.M. Barrie** que “nada pasa después de los 12 años que importe mucho”, así que a recordar infancia tocan, andando por casa y viendo, en un doble salto, lo que a los ojos adultos importaron aquellos objetos y lo que vieron aquellos ojos niños. En la entrada correspondiente al juego del burro, leemos: “Ya cumplidos los cuarenta, quise darle un giro significativo a mi vida y me descarté de reyes, de ases, de la caballería y de todas las sotas, para, en la baza del mundo, buscar la escalera de color”. Esa escalera colorística es muy de agradecer, pues nada (es una manía) me resulta más cansado de leer que el onanismo mental de un autor que trate de venderme lo mucho que le importaron los objetos y las personas de su entorno infantil a base de una prosa gris o vaporosa o ensoñadora: o sea, a base de “nouveau roman” o de folletín hodierno de amores desvaídos en entreguerras. Monteserín (muchos libros ya le contemplan) sabe que solo el estilo puede hacer que compartamos lo que a él le marcó para siempre. Y comienza a jugar: el chiste sexual del crucigrama, la contundencia paterna ante un pote de calabazón (“muy rico, pero no lo pongas más”), la broma que salta a cada paso bien sea en forma de calambur finísimo, de hipérbole o pretericiones varias en cuanto a la añoranza se refiere.

Me gustaría aconsejarlo como “libro de horas”, como objeto a su vez para tener a mano y leer un par de entradas en cuanto se tercie. No se equivoque nadie: es un libro local, pravianoo, si se quiere. Pero el mismo Monteserín lo dice: “Valgan, pues, estos rodeos locales para hacer la crónica del mundo”. Otro ya lo había escrito: describe tu pueblo y describirás el mundo.



La Escena
CLARENCE COOPER JR.
Traducción de Guido Sender
Sajalín, Barcelona, 2016;
369 páginas; 22,50 euros

pergeñado como escritor profesional. Ese fiasco y su cariño por la heroína le llevaron a publicar el resto de su obra en editoriales marginales al tiempo que entraba y salía de la cárcel.

La Escena es un conjunto de calles de una ciudad estadounidense cualquiera, un barrio marginal en el que se reúnen prostitutas, peristas, policías, rateros y demás ralea. Rudy Black es un yonqui, chulo y camello que ha tenido un golpe de suerte y conseguido la confianza del Hombre –el capo de la droga en el barrio– y está escalando puestos en la organización criminal. Patterson y Davis son una pareja de policías de la Brigada de Estupefacientes –un novato detective el primero, un curtido sargento el segundo– que tienen duros enfrentamientos metodológicos: la visión de Patterson, que ha pasado por la universidad, es idealista y científica; la de Davis, que se ha curtido en las calles y las conoce mejor que nadie, realista, descarnada y brutal.

Los ingredientes están servidos y **La Escena**, fiel reflejo de una realidad incómoda donde se muestran “tantos especímenes que una liebre no podría mearles el culo a todos” –signifique eso lo que signifique–, nos enseña un pequeño teatro del mundo, donde cada

uno trata de engañar lo que puede para ir tirando y siempre pierden los mismos, sobre todo si están enganchados al caballo. Así nos define el narrador a Rudy Black: “Su vida cabía en un instante. No había días en su mundo de yonqui. Solo había momentos para pillar y momentos para ponerse y momentos para amuermarse y volver a pillar”. Y esta es la idea que Patterson tiene de él: “Rudy Black es otra cosa, creo. ¡Ha visto alguna vez algo tan sucio que no hay manera de limpiarlo? Así es Black”.

Escrita con la contundencia de un puñetazo, **La Escena** convierte la poesía que desprenden los neones y las calles mojadas en parte esencial de una gran novela en la que todas las piezas encajan.